

bía echado del todo encima. El Hermano Archangias se enredó en medio de las sillas y en nada estuvo que no viniese al suelo. Blasfemaba y rezongaba sordas frases, en que se mezclaban los nombres de Jesús y de María. Cuando la Teuse, que había ido en busca de una lámpara, volvió a entrar en la iglesia, preguntó sencillamente al sacerdote:

—Sí—le contestó,—hemos terminado por ahora. Para lo demás, ya veremos más adelante.

—¿Es decir que puedo llevarme los potes y los pinceles al desván?

Y la Teuse echó a andar delante de ellos, cargando con todo y callándose, por temor de decir demasiado. Y como el padre Mouret tuviese aún en la mano los dos ramilletes secos, el Hermano Archangias le gritó al pasar por delante del corral:

—¡Tire usted eso!

El sacerdote dió aún algunos pasos, con la cabeza inclinada; después echó las flores en el hoyo del estercolero, por encima de la claraboya.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY

V

El Hermano, que había cenado ya, permaneció allí, a horecadas, en una silla puesta de espaldas, en tanto que comía el sacerdote. Desde que éste había regresado a los Artaud, iba casi todas las noches a instalarse en el presbiterio. Nunca había llegado a imponerse con tanta rudeza. Sus gruesos zapatos hundían el suelo, su voz tronaba y sus puños se dejaban caer con fuerza sobre los muebles, mientras refería las azotainas que había dado por la mañana a las muchachas, o que resumía su moral en fórmulas tan duras como garrotazos. Después, como se aburría, había imaginado el jugar a la baraja con la Teuse. Jugaban "a la batalla" un día y otro día, pues la Teuse no había podido aprender en su vida ningún otro juego. El padre Mouret, que se sonreía a las primeras cartas echadas con furia sobre la mesa, caía poco a poco en un profundo ensimismamiento; y durante horas y horas, olvidábase de sí mismo, entregándose a imaginaciones bajo los desconfiados ojos del Hermano Archangias.

Aquella noche la Teuse estaba de tan negro humor, que habló de ir a tenderse tan pronto como quitó el mantel. Pero el Hermano quería jugar a todo trance. Dióle algunos golpes en los hombros y acabó por sentarla, aunque tan violentamente, que la silla crugió. Barajaba ya las cartas. Deseada,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que no podía verle ni en pintura, había desaparecido con su postre, que se llevaba casi todas las noches para comérselo en la cama.

—Quiero las rojas—dijo la Teuse.

Y la lucha se empeñó. La Teuse empezó por ganarle algunas buenas jugadas al Hermano, y en seguida dos ases cayeron al propio tiempo en la mesa.

—¡Batalla!—gritó la Teuse con emoción extraordinaria.

Echó un nueve y esto la consternó; pero el Hermano no habiendo echado sino un siete, la sirvienta, triunfante, recogió las cartas. Al cabo de media hora, ya no tenía de nuevo más que dos ases y las probabilidades quedaban balanceadas. Y allá al tercer cuarto de hora, ella era la que perdía unas. El ir y venir de las sotas, de las damas y de los reyes, revestían toda la furia de una degollina.

—¡Eh! ¿Qué tal? Esta partida es de lo que no se ve—dijo el Hermano Archangias, volviéndose hacia el padre Mouret.

Pero le vió tan abstraído, tan lejos de aquella escena y con tan inconsciente sonrisa en los labios, que alzó brutalmente la voz.

—¡Y bien, señor cura! Usted no nos está mirando. No es cosa muy fina que digamos... Si jugamos es tan sólo por usted, para ver de divertirle. Vamos, fíjese en el juego; siempre será mejor que desvariar. ¿En dónde se hallaba aún usted?

El sacerdote se estremeció. No contestó y esforzó en seguir el juego, con los párpados temblorosos. La partida prosiguió con encarnecimiento. La Teuse recobró su as y luego lo volvió a perder. Había noches en que se disputaban por tal modo los ases durante cuatro horas; y hasta muy a menudo se iban a acostar, furibundos, sin haberse podido ganar:

—¡Pero ahora que me acuerdo!—exclamó de repente la Teuse, quien tenía un miedo atroz de perder;—el señor cura tenía que salir esta noche. Ha,

bía prometido al gran Fortunato y a la Rosalía que iría a bendecirles la habitación, según es costumbre... Pronto, señor cura, el Hermano le acompañará a usted.

El padre Mouret estaba ya en pie, buscando el sombrero. Pero el Hermano Archangias, sin soltar las cartas, se atufaba.

—¡Quite usted allá! ¿Hay acaso necesidad de que se bendiga aquella pocilga de cerdos?... ¡Para lo que van a hacer de limpio en su habitación!... Esta es otra costumbre que usted debería abolir. Un sacerdote no tiene para qué meter las narices entre las sábanas de los recién casados... Quédese usted aquí. Concluiremos la partida. Preferible será.

—No—dijo el sacerdote.—Lo he prometido. Esa buena gente podría resentirse. Quédese usted y concluyan la partida, mientras me esperan.

La Teuse, llena de inquietud, miraba al Hermano Archangias.

—Pues bien, sí, me quedo—exclamó éste,—es demasiado estúpido.

Mas no bien hubo el padre Mouret abierto la puerta, cuando se levantó para seguirle, tirando con violencia las cartas. Volvió y dijo a la Teuse:

—Iba a ganar... Deje usted los montones tal como están. Mañana continuaremos la partida.

—¡Muy bien! Si todo queda revuelto ya—contestó la vieja sirvienta, que se había apresurado a mezclar los naipes. Si cree usted que voy a guardar su juego bajo una campana de cristal... Así y todo, yo podía ganar; aún tenía un as.

El Hermano Archangias, en algunas zancadas alcanzó al padre Mouret, que bajaba el angosto sendero que conducía a los Artaud. Habíase impuesto la tarea de velar por él: Rodeábale con espionaje de todas horas, acompañándole por doquier, o haciéndole seguir por un galopín de su escuela, cuando no podía él en persona tener este cuidado. Decía con su terrible risa, que él se tenía por el "gendarme de Dios". Y en realidad de ver-

dad, el sacerdote parecía un delincuente aprisionado en la negra sotana del Hermano, un delincuente de quien se desconfía, a quien se juzgaría sobrado débil para volver a su falta, si se le perdiese de vista siquiera un minuto. Era aquel un rigor de solterona celosa, un minucioso cuidado de carcelero, que lleva su deber hasta tapar los jirones de cielo que se entreven por los tragaluces. El Hermano Archangias se mantenía siempre allí, cubriendo como quien dice el sol, impidiendo que el menor olor penetrase, tapando por completo el calabozo, que nada del exterior llegase hasta allí. Acechaba las menores debilidades del sacerdote, reconocía, en la transparencia de su mirada, los tirones pensamientos, los aplastaba con una palabra, sin compasión, como animales dañinos. Los silencios, las sonrisas, las palideces de la frente, los escalofríos de los miembros, todo le pertenecía. Por lo demás, evitaba hablar sin ambages de la falta. Tan sólo su presencia constituía un reproche. El modo como pronunciaba ciertas frases, las revestía con el cruzamiento de un latigazo. Acompañaba a cualquier gesto suyo toda la inmundicia que escupía sobre el pecado. A la manera de esos maridos engañados que humillan a sus mujeres con alusiones sangrientas, cuya crueldad ellos solos saborean, el Hermano no volvía a hablar de la escena del Paradou; satisfacía con evocarla con sólo una palabra, para aniquilar, en las horas de crisis, aquella carne rebelde. También él había sido engañado por aquel sacerdote, manchado con su adulterio, habiendo traicionado sus juramentos, atrayendo sobre sí prohibidas caricias, cuyas lejanas fragancias eran suficientes para éxasperar su continencia de macho cabrío que jamás se había satisfecho.

Eran cerca de las diez. El pueblo dormía, pero del otro extremo, del lado del molino, llegaba un gran alboroto en una de las casuchas, vivamente iluminada. El tío Bambousse había abandonado

a su hija y a su yerno un rincón de la casa, reservándose para él las mejores habitaciones. Allí se empinaban los últimos tragos, en espera del sacerdote.

—Están hechos uva—gruñó el Hermano Archangias.—¿No les oye usted revolcarse?

El padre Mouret no contestó. La noche era espléndida, con azul de clara luna que transformaba a lo lejos el valle en un lago dormido. Y moderaba su paso, como bañado en un bienestar en aquellas claridades; hasta se detenía ante ciertas sábanas de luz, con el delicioso escalofrío que comunica la proximidad del agua fresca. El Hermano proseguía sus grandes zancadas, reprendiéndole, llamándole.

—Ande usted... No es muy sano el corretear por los campos a estas horas. Mejor se encontraría usted en su cama.

Pero, bruscamente, a la entrada del pueblo, se plantó en mitad del camino. Dirigía la vista a las alturas, en donde las blancas líneas de los surcos de las ruedas se perdían en las negras manchas de los bosquecillos de pinos. Gruñía como un perro que olfateaba el peligro.

—¿Quién baja de allá arriba tan tarde?—murmuró.

El sacerdote, que no oía ni veía nada, quiso a su vez hacerle apresurar el paso.

—Deje usted, mírelo aquí—repuso vivamente el Hermano Archangias.—Acaba de dar vuelta al recodo. Mire usted, la luna se ilumina... Ahora lo ve usted bien... Es un hombre alto, que lleva un palo.

Y después, tras de un corto silencio, repuso, con la voz ronca, ahogada por el furor:

—¡Es él, es ese miserable!... Ya me lo presumía. Entonces, como el recién venido hubiese llegado al pie de la cuesta, el padre Mouret conoció

en él a Jeanbernat. A pesar de sus ochenta años, el viejo golpeaba tan fuerte aún con los talones, que sus gruesos zapatos herrados sacaban chispas de los pedernales del camino. Caminaba erguido como un roble, sin valerse siquiera de su palo, que llevaba al hombro, a modo de escopeta.

—¡Ah, el muy condenado!—balbuceó el Hermano clavado en el suelo.—El demonio le arroja a los pies todas las áscuas del infierno.

El sacerdote, turbadísimo y desesperando de hacer dejar la presa a su compañero, volvió la espalda para continuar su camino, en la espera de poder evitar su encuentro con Jeanbernat, apresurándose a alcanzar la casa de los Bambousse. Mas aun no hubo andado cinco pasos, cuando la burlona voz del viejo se dejó oír, casi a su espalda.

—¡Eh! padre cura, espéreme usted. ¡Qué! ¿le causo a usted miedo?

Y como el padre Mouret se hubiese detenido, acercóse y prosiguió:

—¡Caramba! vuestras sotanas no son nada cómodas... no dejan correr. Además, ya puede estar obscuro, que se os conocería de lejos... Desde lo alto de la cuesta, me dije: “¡Calle! es el curita quien está allá abajo”. ¡Oh! tengo todavía buenos ojos... Conque, ¿ya no viene usted a vernos?

—Tengo tantas ocupaciones—murmuró el sacerdote, en extremo pálido.

—Bueno, bueno, cada cual es libre. Lo que le digo a usted es para demostrarle que no le guardo rencor porque sea cura. Ni tan siquiera hablaríamos de vuestro misericordioso Dios... ello me es igual... La pequeñuela está en que soy yo quien le impide a usted volver. Yo le he contestado: “El cura es un animal.” Y lo pienso así. ¿Por ventura, me lo he comido a usted durante su enfermedad? Ni siquiera subí a verle... Cada cual es libre de obrar como mejor le acomoda.

Hablaba con toda indiferencia, afectando no percatarse de la presencia del Hermano Archangias.

Mas como éste hubiese dejado oír un gruñido más amenazador, repuso:

—¡Eh, padre cura! Qué, ¿saca usted su cerdo a pasear?

—¡Espera, bandido!—aulló el Hermano, con los puños cerrados.

Jeanbernat, con el palo en alto, fingió conocerle:

—¡Abajo las patas!—gritó.—¡Ah! ¿Eres tú, botarate? Habría debido de olfatearte al olor de tu pellejo... Tenemos que arreglar una cuenta juntos. He jurado cortarte las orejas en medio de la clase; lo que regocijará a los granujas a quienes envenenas.

El Hermano, ante el palo en ristre, retrocedió, con la garganta rebotante de injurias. Púsose a tartamudear y no acertaba con las palabras.

—¡Te enviaré a los gendarmes, asesino! Has escupido en la iglesia, te he visto. Das el mal de muerte a la pobre gente, tan sólo con que pasen por delante de tu puerta. En San Eutropio hiciste abortar a una muchacha, forzándola a mascar una hostia consagrada que habías robado. En el Béage fuiste a desenterrar niños, que te llevabas a cuestas para tus abominaciones... ¡Todo el mundo está enterado, miserable! Eres el escándalo de la comarca. El que te estrangulara, se iría en derecha al paraíso.

El viejo escuchaba, mofándose y haciendo el molinete con el palo. Entre una y otra injuria del otro, repetía a media voz:

—Anda, anda, desahógate, serpiente. No tardaré en romperte el bautismo.

El padre Mouret quiso intervenir; mas el Hermano Archangias le rechazó gritando:

—¡Se pone usted de su parte! ¿Acaso no le ha hecho a usted pisar la cruz? ¡Niéguelo usted!

Y volviéndose de nuevo a Jeanbernat:

—¡Ah, Satán! ¡Bien habrás debido reírte cuando te apoderaste de un sacerdote! Aplaste el cielo.

a los que le ayudaron a cometer tamaño sacrilegio! ¿Qué hacías tú por la noche, cuando él dormía? Te acercabas con la saliva, ¿verdad? para humedecerle la tonsura, a fin de que sus cabellos creciesen más de prisa. Soplábasle en la barba y en las mejillas, para que la barba agrandase un dedo por la noche. Frotábasle todo el cuerpo con los maleficios, le hacías aspirar por la boca la rabia de un perro, le ponías en celo... ¡Y así fué como le convertiste en bestia, Satán!

—¡Qué estúpido es este hombre!—dijo Jeanbernat, echándose de nuevo el palo al hombro.—Me aburre.

El Hermano, envalentonado, fué a ponerle ambos puños bajo la nariz.

—¡Y tu muy buscona!—gritó.—¡Tú fuiste quien la zampaste en pelota en la cama del cura!

Pero lanzó un aullido y dió un brinco hacia atrás. El palo del viejo, lanzado con toda su fuerza, acababa de romperse sobre sus lomos. Retrocedió el Hermano más aún, cogió en un montón de guijarros, al borde del camino, un pedernal, tan grueso como ambos puños y lo arrojó a la cabeza de Jeanbernat, quien habría resultado con la cabeza hendida, a no haberse encorvado. Corrió al inmediato montón de grava, púsose a cubierto y se proveyó de piedras. Y de un montón a otro montón se empeñó un terrible combate. Los pedernales llovían a más y mejor. La luna, a la sazón clarísima, dibujaba netamente las sombras.

—Sí, tú la metiste en su cama—repetía el Hermano enloquecido.—Y pusiste un Cristo bajo el colchón para que la inmundicia cayera sobre él... ¡Ah! ¡ah! te haces cruces de que lo sepa todo. De este apareamiento esperas algún monstruo. Cada mañana haces los trece signos infernales sobre el vientre de la picarona, para que dé a luz el Anticristo. Tú quieres el Anticristo, ¡bandido! ¡Toma, que este guijarro te deje ruerto!

—¡Y que este te cierre el pico, curángano!—

contestó Jeanbernat, ya muy tranquilo.—¿Puede darse animal mayor con semejantes historias?... ¿Va a ser preciso que te descalabre para que pueda continuar mi camino? ¿Es tu catecismo lo que te ha hecho perder la chaveta?

—¡El catecismo! ¿Quieres conocer el catecismo que se enseña a los réprobos de tu calaña? Sí, yo te enseñaré a hacer la señal de la cruz... Este es por el Padre, y este por el Hijo, y este por el Espíritu Santo... ¡Ah! estás todavía en pie. ¡Espera, espera! ¡Así sea!

Y le lanzó una andanada de piedras pequeñas a guisa de metralla. Jeanbernat, alcanzado en el hombro, dejó los guijarros que tenía en la mano y se adelantó tranquilamente, mientras que el Hermano Archangias tomaba en el montón dos nuevos puñados tartamudeando:

—Te extermino. Dios es quien lo quiere. Dios está en mi brazo.

—¡Te callarás!—dijo el viejo cogiéndolo por el cogote.

Entonces tuvo lugar una breve lucha en el polvo del camino, azulado por la luna. El Hermano, que se sentía más débil, trataba de morder. Los miembros apergaminados de Jeanbernat, eran como ataques de cuerdas que le ligaban tan estrechamente, que sintió los nudos introducirse en la carne. Callábase, bufando, pensando en alguna traición. Cuando Jeanbernat le tuvo debajo de él, repuso mofándose:

—Ganas me dan de romperte un brazo para romper tu Dios misericordioso... Ya ves que no es el más fuerte. Soy yo quien te extermino... Ahora voy a cortarte las orejas. Bastante me has aburrido.

Y sacaba con todo sosiego un cuchillo de su faltriquera. El padre Mouret, que una y otra vez se había echado en vano entre los combatientes, se interpuso con tanta energía, que Jeanbernat concluyó por consentir en posponer la cruenta operación para más adelante.

—Hace usted mal, señor cura—murmuró.—Este belitre necesita una sangría. En fin, ya que esto le contraría a usted, esperaré. Ya volveré a encontrarle en algún rinconcito.

Y como el Hermano lanzase un gruñido, se interrumpió para gritarle:

—No te muevas o te las corto en seguida.

—Pero—dijo el sacerdote,—está usted sentado sobre su pecho. Quítese usted de ahí, para que pueda respirar.

—No, no, que empezaría sus bromas. Cuando me vaya le soltaré... Decíale a usted, cura, cuando este pillastre se interpuso entre nosotros, que sería usted siempre allí bien recibido. La chica es dueña, ya lo sabe usted. No la contrario mucho más que a mis hortalizas. Todo crece... Tan sólo los imbéciles, como ese presbítero, son los que ven el mal... ¿En dónde lo has visto, grandísimo pícaro? Tú eres el que lo ha inventado, pedazo de animal.

Y zarandeaba de nuevo al Hermano.

—Déjele usted que se levante—suplicó el padre Mouret.

—Al momento... La chica no se siente muy bien de algún tiempo a esta parte. De nada me daba yo cuenta, pero ella me lo ha dicho. Por esto voy a avisar a su tío de usted, el doctor Pascual, en Plassans. Por la noche hay tranquilidad, no se encuentra un alma... Sí, sí, la muchacha no está nada bien.

El sacerdote no dió con una sola palabra. Se tambaleaba, con la cabeza inclinada.

—¡Estaba tan contenta cuidándole a usted!—prosiguió el viejo.—Mientras me fumaba mi pipa, la oía reír, y esto me bastaba. Las jóvenes son como los ojicantos; cuando echan flores hacen cuanto pueden... En fin, usted vendrá, si tiene usted gusto en ello. Tal vez alegrará esto a la niña... Buenas noches, cura.

Habíase levantado con lentitud, apretando las muñecas del Hermano, pues desconfiaba de una

traición. Y se alejó, sin volver la cabeza, reanudando su paso firme y largo. El Hermano, como quien no hacía la cosa, se arrastró hasta el montón de guijarros, y esperó a que el viejo se hallase a alguna distancia. Y luego, con ambas manos, volvió a las andadas, furiosamente. Pero las piedras caían en el polvo del camino. Jeanbernat no se dignaba ya incomodarse, y continuaba su ruta, tieso como un árbol, en el fondo de la serena noche.

—¡El muy maldito! ¡Satanás es quien le impulsa!—balbuceó el Hermano Archangias, haciendo silbar una última piedra.—¡Un viejo, a quien un papirotazo bastaría para hacerle astillas! Está cocido en el fuego del infierno... Bien he sentido sus garras.

Su impotente furor le hacía patalear sobre los esparcidos guijarros. Bruscamente, arreció contra el padre Mouret.

—¡La culpa es de usted!—gritó.—Debería usted haberme ayudado, y entre los dos le habríamos estrangulado.

A la otra parte del pueblo, la batahola había aumentado en la casa de Bambousse. Oíanse perfectamente los golpes dados a compás sobre la mesa con el fondo de los vasos. El sacerdote había emprendido de nuevo su camino, sin levantar la cabeza, dirigiéndose hacia la gran claridad que salía de la ventana, semejante a la llamarada de una hoguera de sarmientos. Seguía el Hermano, sombrío, con la sotana sucia de polvo y con una mejilla manando sangre por el roce de un guijarro. Después, tras de corto silencio, dijo con su áspera voz:

—¿Irá usted?

Y como el padre Mouret no contestase, prosiguió:

—¡Tenga usted cuidado! recae usted en el pecado... Ha bastado con que pasase ese hombre para que la carne de usted se haya estremecido. Le he visto a usted a la claridad de la luna, pálido como

una mozueta... Mucho cuidado, ¿oye usted? Esta vez Dios no perdonaría. Caería usted en la última de las podredumbres. ¡Ah, cieno miserable, la inmundicia carga contigo!

Entonces el sacerdote levantó por último la cabeza. Derramaba gruesas lágrimas, en el mayor silencio; después dijo con lacerada dulzura:

—¿Por qué me habla usted así? Siempre se encuentra usted a mi lado y es testigo de mis luchas de cada instante. No dude usted de mí y déjeme la fuerza para vencerme.

Aquellas palabras sencillas, bañadas en mudas lágrimas, revestían en la noche un carácter de tan sublime dolor, que hasta el mismo Hermano Archangias, a pesar de su rudeza, se sintió conmovido. No agregó una palabra, sacudiéndose la sotana y enjugándose la ensangrentada mejilla. Cuando se hallaron delante de la casa de los Bambousse, se negó a entrar. Sentóse a algunos pasos, sobre la tumbada caja de una vieja carreta, en donde esperó con la paciencia de un dogo.

—¡Aquí tenemos al señor cura!—gritaron todos los Bambousse y todos los Brichet, acodados a la mesa.

Llenáronse de nuevo los vasos. El padre Mouret hubo de tomar uno. No había habido fiesta de bodas. Únicamente por la noche, después de la comida, habíase puesto sobre la mesa una damajuana de unos cincuenta litros, que se trataba de vaciar, antes de meterse entre sábanas. Eran diez y ya el tío Bambousse volcaba con sólo una mano la damajuana, de la que no caía sino un chorrillo rojo. La Rosalía, muy regocijada, remojaba la barba del rapaz en su vaso, mientras que el gran Fortunato hacía juguetas y levantaba las sillas con los dientes. Todo el mundo pasó a la habitación. La costumbre quería que el cura se bebiese allí el vino que se le había escanciado. Era aquello lo que se llamaba bendecir la alcoba, lo que traía la felicidad e impedía que la pareja se cascase las

liendres. En los tiempos del señor Caffin, las cosas se pasaban en la mayor alegría, y el viejo sacerdote se despepitaba por reír; hasta había adquirido fama por la manera cómo vaciaba el vaso, sin dejar ni una gota en el fondo; tanto más cuanto que las mujeres, en los Artaud, sostenían que cada gota que allí quedaba, representaba un año menos de amor para los esposos. Con el padre Mouret la alegría no era tan ruidosa. Bebióse, sin embargo, el vino de un trago, lo que pareció halagar en gran manera al tío Bambousse. La vieja Brichet miró haciendo un gesto, el fondo del vaso, en donde quedaba un poco de vino. Delante de la cama, un tío que era guarda rural, arriesgó chistes de color bastante subido, de que se reía la Rosalía, a la que el gran Fortunato había empujado boca abajo al borde del colchón, a guisa de caricia. Y así que todos se hubieron descolgado con su frasecilla picaresca, se volvieron a la sala. Vicente y Catalina se habían quedado allí solos. Aquel, subido en una silla, cogiendo la enorme damajuana en sus brazos, acababa de vaciarla en la abierta boca de Catalina.

—Gracias, señor cura — exclamó Bambousse acompañando al sacerdote. — ¡Bueno! Ya están casados y usted tan contento. ¡Ah! los muy picarones... Si cree usted que deprisa y corriendo van a rezar sus *Pater* y sus *Ave*... Buenas noches, que usted descanse, señor cura.

El Hermano Archangias había alzado lentamente el trasero de la carreta, en que se había sentado.

—Que el demonio — murmuró — eche paletadas de carbones encendidos entre sus pellejos, y que revienten.

No volvió a desplegar los labios y acompañó al padre Mouret hasta el presbiterio. Allí esperó a que hubiese cerrado la puerta, antes de retirarse; y hasta volvió atrás, por dos veces, para asegurarse de que no volvía a salir. Cuando el sacerdote se halló en su habitación, se echó vestido en la cama,

con las manos en los oídos y con el rostro contra la almohada, para no volver a oír, para no ver más. Anonadábase y quedábase dormido en un sueño de muerte.

VI

El siguiente día era domingo. La Exaltación de la Santísima Cruz caía en día de misa mayor y el padre Mouret había querido celebrar aquella fiesta religiosa con ostentación particular. Había concebido una devoción extraordinaria para la Cruz y había reemplazado en su habitación la estatuita de la Inmaculada Concepción por un gran crucifijo de madera negra, ante el cual pasaba largas horas de adoración. Exaltar la Cruz, plantarla delante de él, sobre todas las cosas, en una aureola, como el único objeto de su vida, le daba fuerzas para sufrir y luchar. Soñaba con colocarse en el sitio de Jesús, de ser coronado de espinas, de tener los miembros lacerados y el costado herido. ¡Cuán cobarde era al atreverse a quejarse de una herida imaginaria, cuando su Dios manaba sangre de todo su cuerpo, con la sonrisa de la Redención en los labios! Y por miserable que fuese, ofrecía su herida en holocausto, acababa por deslizarse al éxtasis, por creer que la sangre le corría en realidad de la frente, de los miembros, del pecho. Eran aquéllas horas de alivio, todas sus impurezas se desprendían de sus llagas. Erguía con heroísmos de mártir, ansiaba tormentos espantosos, para soportarlos sin el menor estremecimiento de su carne.